

TOM CRYSTAL Y LA TERCERA DIMENSIÓN



Beatriz Morillo Carreño

Tom Crystal y la Tercera Di- mensión

BEATRIZ MORILLO CARRE-
ÑO

CAPÍTULO 1

Era una noche fría y oscura en la ciudad de Oldtown. La tormenta no daba tregua y los truenos hicieron que Tom se

despertase sobresaltado.

Un escalofrío recorrió su cuerpo; era como si alguien más estuviese con él en aquella diminuta habitación de la casa de su abuela, en la que Tom vivía desde la ausencia de sus padres. No estaba sólo, podía sentir esa extraña presencia que se colaba en su cuarto todos los días de tormenta...

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?...—dijo Tom. Pero nunca obtenía respuesta a sus preguntas.

—¡Márchate, no eres bienvenido! ¡Sal de esta casa! ¡Déjanos en paz! —pero aquella presencia continuaba en su cuarto sin hacer caso a las peticiones de Tom; o al menos era lo que él sentía.

El cuerpo de Tom empezó a cubrirse por un sudor frío que hacía que su corazón palpitase cada vez más deprisa. Era como si la tormenta hubiese entrado en su habitación y le estuviese calando hasta los huesos...

—¡Para, por favor, no sigas! ¡Déjame, no puedo ayudarte!...—el corazón de Tom se aceleraba cada vez más.

De repente Tom se incorporó de la cama y todo lo que estaba sintiendo desapareció. Era de día y el sol entraba radiante por la ventana de su habitación.

—Buenos días Tom, es hora de levantarse —le dijo su abuela Mayra mientras corría la cortina para dejar pasar la luz del sol.

Tom estaba desconcertado; era como si se hubiese despertado de un mal sueño, pero era tan real... Ahora la única presencia que había junto a él era la de su abuela dándole los "buenos días". Aunque Tom sabía que lo que había sucedido no era una simple pesadilla.

—¡Date prisa Tom! O llegaremos tarde. Pero, ¿has olvidado qué día es hoy?—le preguntó su abuela mientras sacudía la colcha de su cama enérgicamente.

—Ya lo sé abuela... Hoy es el cumpleaños de la tía Lina y tenemos que ir a almorzar a su casa; lo sé, lo sé...—dijo Tom desperezándose.

—¡Pero es que no tengo ganas de ir! Siempre me toca cuidar a mis primos pequeños Paul y James mientras los demás se divierten. ¡Ya estoy harto!—replicó Tom.

—No seas tan tremendista Tom. Tus primos te adoran; es por eso que quieren pasar todo el tiempo jugando contigo—le contestó su abuela calmando sus aires de inconformismo.

Tom suspiró profundamente y se puso en marcha rumbo al cuarto de baño.

Mientras caminaba por el largo y estrecho pasillo que separaba su habitación del aseo, tropezó con una hoja de trébol que yacía en el suelo.

—¡Qué extraño!—pensó Tom—. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí una hoja de trébol?—se preguntó a sí mismo.

Se agachó para cogerla. Y al tocarla con sus dedos, todo lo que había a su alrededor empezó a desvanecerse... Las paredes “parpadeaban” como si intentaran desaparecer.

La puerta del cuarto de baño se alejaba progresivamente. Era como si Tom se encontrase dentro de un túnel oscuro que cada vez se fuese haciendo más y más largo...

Tom se giró y empezó a correr de vuelta a su habitación, pero estaba tan lejos que ni siquiera podía ver la puerta.

El suelo era inestable y no dejaba de tambalearse con un movimiento ondulante... Tom perdió el equilibrio y cayó al suelo golpeándose en la cabeza; entonces todo cesó.

El chico estaba asustado y no quería abrir los ojos; pero una inmensa claridad traspasaba la delicada piel de sus párpados. Abrió los ojos lentamente y pudo comprobar que todo volvía a estar en orden.

Tom corrió hacia su habitación en busca de su abuela; pero no estaba. Bajó a toda prisa las escaleras y se dirigió a la cocina. Buscó en el salón, en los dormitorios de la casa, los aseos, pero nada... ni rastro de su abuela Mayra. Regresó a su cuarto y encima de su cama, tendida, estaba de nuevo una hoja de trébol...

El niño buscó en sus bolsillos para comprobar si aún tenía la hoja que había encontrado en el pasillo. Se dirigió al lugar dónde la encontró por si seguía en el suelo o se le hubiese caído; pero no había rastro de ella... Por lo tanto, el trébol que estaba ahora encima de su cama debía ser el mismo que había encontrado anteriormente en el pasillo, aunque... ¿cómo había llegado hasta allí?...

Tom no se atrevía a tocarlo por lo que pudiese ocurrir de nuevo; así que decidió cogerlo con un cazamariposas que tenía guardado dentro de su armario. Fue a buscar el utensilio y al volver a la cama...

– ¡No es posible! ¿Dónde está el trébol?– una vez más había desaparecido como por arte de magia.

– Está aquí; puedes cogerlo si quieres– susurró una voz dulce a sus espaldas. Tom se giró dando un brinco en el aire.

Una preciosa niña vestida de verde esperaba con su mano extendida, ofreciendo a Tom la hoja de trébol que tanto misterio le estaba causando.

– ¿Quién eres tú? ¿De dónde has salido?–le preguntó Tom sobresaltado.

–Mi nombre es Trébol y he salido del armario. Esta es mi habitación–dijo la niña con voz muy tímida.

–Eso es imposible, esta es la casa de mi abuela y yo vivo aquí con ella; ésta es mi habitación–replicó Tom en un tono algo enfadado.

–Creo que te has perdido; no es la primera vez que te pasa–le dijo la niña–. Yo te conozco; eres el niño que aparece sentado en mi cama todos los días de tormenta–continuó explicándole la pequeña.

– La primera vez que apareciste en mi cama me llevé un susto tremendo; fue hace un año, justo la primera noche que me mudé a esta casa. Era una noche de tormenta y de pronto sonó un trueno estremecedor. En ese momento, apareciste sentado en mi cama; yo di un grito y salí corriendo para esconderme en el armario. Tú ni siquiera te inmutaste; y mientras estaba escondida, empezaste a hacerme preguntas sobre quién era y qué quería de ti. Incluso me ordenaste que saliese de mi casa; y me decías que no podías ayudarme...

Tom no podía creer lo que la niña le estaba diciendo...

–Desde aquella noche, nunca duermo en mi cama los días de tormenta. Me acuesto sobre la alfombra y espero hasta que aparezcas para esconderme en el armario; aunque creo que tú ni me ves ni me oyes, porque siempre me haces las mismas preguntas... Es la décima vez que te digo

mi nombre pero la primera que realmente lo escuchas—le explicó la niña regalándole una sonrisa.

Tom, boquiabierto, se dispuso a coger la hoja de trébol que la niña le estaba ofreciendo desde hace un buen rato.

— ¡Espera!—gritó la pequeña—. Cógela sin tocarme o desaparecerás—le ordenó. Y Tom retrocedió su mano rápidamente.

—Siempre que intento tocarte desapareces—le afirmó la niña—. La última vez fue la noche pasada; me acerqué a la cama mientras me hacías tus preguntas de siempre y al tocar tu brazo te esfumaste de repente... Lo raro es que ahora estás aquí otra vez, es de día y no hay tormenta... ¡Mira como brilla el sol!—le dijo la pequeña señalando a su ventana.

Tom estaba totalmente desconcertado. ¿Cómo podía saber aquella niña que se despertaba sobresaltado en las noches de tormenta? ¿Sería ella la presencia que sentía Tom dentro de su habitación?

— ¡Déjame esa dichosa hoja de trébol de una vez!—gritó Tom nervioso mientras cogía la hoja de la mano de la pequeña—. No sé de dónde has salido, pero no tengo tiempo de hablar contigo. Es tardísimo y mi abuela ya debe estar en casa de mi tía. Si llego tarde al almuerzo me castigarán sin jugar en el jardín este fin de semana; así que debo irme.

Y espero que cuando vuelva ya te hayas ido a tu casa. No toques ni rompas nada o mi abuela se enfadará—le advirtió el chico.

Tom no quería ver lo que realmente estaba sucediendo. Salió apresurado y se dirigió a casa de su tía Lina, unas tres manzanas calle abajo.

No entendía por qué su abuela se había marchado sin avisarle; y menos aún la presencia de aquella niña en su habitación.

De camino a casa de su tía, ninguna de las personas que se cruzaban con él le resultaba conocida... Era como si todo alrededor de él fuese igual pero distinto.

Llegó a la casa y llamó al timbre. Apenas se oían voces y le pareció extraño, ya que él debía ser de los últimos en llegar al almuerzo.

– ¿Quién es? –preguntó una anciana desde el otro lado de la puerta.

– Soy yo, abuela! Siento llegar tarde–respondió Tom.

–No sé quién eres muchacho. ¿Qué quieres?–respondió la anciana abriendo la puerta.

Tom se quedó aún más desconcertado al ver que aquella señora mayor, a pesar de hablar casi igual que ella, no era su abuela Mayra.

–Perdóneme señora, me he equivocado de lugar–respondió Tom tembloroso.

–No te preocupes muchacho–contestó la señora mientras cerraba la puerta pausadamente.

Durante un momento Tom se quedó paralizado delante de aquella casa, en la cual deberían estar celebrando el cumpleaños de su tía Lina.

Abrió su mano y contempló unos segundos la hoja de trébol que la niña le había dado. Tenía que regresar a casa y encontrar respuestas, ahora más que nunca...

CAPÍTULO 2

Tom emprendió el camino de vuelta a casa, observando todo a su paso. No había duda de que aquel era su barrio: Las mismas casas, los mismos árboles, las mismas farolas... hasta los pájaros emitían los mismos sonidos... Pero algo había cambiado en aquella ciudad...

Armado de valor, llegó a la casa de su abuela dispuesto a afrontar cualquier situación que tuviese que acontecer. Subió las escaleras y regresó a su cuarto.

– ¡Has vuelto!–exclamó la niña, que seguía allí esperando pacientemente a que regresara.

Trébol corrió a abrazarle; olvidando que, si le tocaba, Tom podía desaparecer de nuevo.

Pero esta vez no sucedió. Tom seguía allí abrazado por la pequeña niña y sin saber muy bien qué hacer.

– ¡Deja de abrazarme! Me recuerdas a mis primos Paul y James, que siempre están pegados a mí como si fuesen lapas– le explicó Tom haciéndose “el importante”.

– ¿Cómo me has dicho antes que te llamabas?–preguntó de nuevo Tom a la niña.

–Creo que sigues sin escucharme–respondió la pequeña entre risas–. Me llamo Trébol; además te regalé la hoja que lleva mi nombre, por si se te olvidaba.

–Es cierto, la tengo en mi bolsillo–asintió Tom.

–Es que estoy un poco desubicado–le confesó el niño–. No entiendo nada de lo que está pasando. Todo a alrededor de mí es igual, pero no conozco a nadie. ¡Quizás he viajado en el tiempo, como en uno de esos cuentos fantásticos!...

–¿En qué año estamos? ¿Qué día es hoy?–preguntó nervioso el chico.

–Hoy es 15 de enero de 1890–le respondió Trébol. Pero no se trataba de ningún viaje a través del tiempo. Tom se encontraba en el mismo lugar, dentro de la misma casa y en el mismo día.

–Sé cómo te sientes Tom–le dijo la pequeña–. Yo también me perdí hace un año y medio. Estaba jugando con más niños en el parque que hay junto al lago Portman. Hacía un día espléndido y mis padres estaban en la zona de los merenderos, preparando la comida como cada domingo. No recuerdo nada más, ni sé cómo sucedió –la niña bajó la cabeza y continuó hablando:

–Sólo sé que me desperté sola en mitad del parque. Mi corazón palpitaba muy deprisa y toda mi ropa estaba mojada por agua de lluvia. Nunca comprendí por qué –explicó levantando la mirada hacia Tom.

– Desde ese día, nunca más volví a ver a mis padres– Trébol tenía ahora un mar de lágrimas en sus ojos.

Tom dio un paso al frente y se dispuso a abrazar a la pequeña. Sabía perfectamente cómo se sentía Trébol, pues él tampoco había vuelto a ver a sus padres desde el día que desaparecieron.

–No estés triste Trébol–le susurró Tom mientras la abrazaba–. Mi abuela siempre dice que no hay que llorar por nada que no tenga solución; y en esta vida todo se puede solucionar, excepto la muerte–Tom estaba orgulloso

de hacer que Trébol se sintiese mejor haciendo uso de los sabios consejos de su abuela.

–Yo llevo más de dos años sin saber nada de mis padres–continuó diciendo Tom.

– Un día de frío invierno mis padres salieron a cenar a casa de unos amigos, los Martons. Su casa se encontraba a cinco manzanas de la casa en la que yo vivía entonces con mis padres – comenzó a contar el niño la historia.

– Se sabe que cenaron allí porque, al día siguiente, la mesa seguía sin recoger; pero no había rastro de los Martons ni tampoco de mis padres. Algo pasó en aquella casa esa noche – continuó narrando el muchacho con voz de misterio.

– Los vecinos dijeron que vieron una luz cegadora a través de las ventanas del comedor – apuntó Tom, dando a entender que esa podía ser la prueba de que algo había ocurrido dentro de aquella casa.

– Como los Martons no tenían hijos, sus familiares más cercanos heredaron la casa un año después. Más tarde la pusieron a la venta; pero nadie ha querido comprar la casa desde entonces – le explicó el niño a la pequeña.

–Yo no pierdo la esperanza de encontrar a mis padres a pesar de que han pasado más de dos años. ¡Sé que ellos están vivos Trébol! Mi abuela Mayra dice que cuando alguien a quien quieres muere es como si tu corazón se convirtiese en una roca, dura y pesada. Y yo no he tenido esa sensación en ningún momento desde que mis padres des-

aparecieron; por eso sé que están vivos. ¿Y tú? ¿Has sentido que tu corazón se haya convertido en una roca?—le preguntó Tom a Trébol.

—Creo que no—respondió la niña.

— ¡Entonces no tienes que llorar ni estar triste! Tus padres estarán bien donde quiera que estén— afirmó Tom.

Tom no tenía hermanos pequeños, ya que era hijo único; pero sabía perfectamente hacer el papel de hermano mayor...

Tenía once años muy bien llevados. Era un niño bastante maduro y muy inteligente. En el colegio siempre era de los primeros en acabar las tareas y su maestra siempre le dejaba ayudar a sus compañeros que iban más retrasados.

A Tom le encantaba ayudar a los demás. Era el típico niño que ayudaba a cruzar la calle a una viejecita o que se metía en medio de una pelea para defender al más débil, separarlo y evitar que le siguiesen golpeando.

Tom era un defensor de la ley y del orden y siempre cuidaba de los suyos. Por eso se sentía culpable desde la desaparición de sus padres, sentía que les había fallado. Y es que no tuvo la oportunidad de protegerlos. Pensaba que si aquella noche hubiese ido a cenar con ellos, posiblemente hoy sus padres seguirían a su lado...

—¡Tengo una idea!—exclamó Tom—. Vayamos a la casa de los Martons y veamos si vive alguien en ella. Si en casa de mi tía Lina ahora vive una anciana que no conozco, quizás en la casa deshabitada de los Martons viva alguien y pueda explicarnos lo qué está sucediendo en esta ciudad; pues algo extraño está pasando...

–Yo no puedo ir Tom. Jack se enfadará si salgo de casa sin su permiso–respondió Trébol.

– ¿Quién es Jack?–le preguntó Tom.

–Jack es mi padre adoptivo–contestó la niña–. Él fue quien me encontró en el parque el día que perdí a mis padres.

–Jack vivía en una cabaña que hay junto al lago Portman. Viví allí durante seis meses junto a él y otros dos niños perdidos: Bruce y Sally. Después llegó Peter, otro niño perdido; y Jack alquiló esta casa para que viviésemos los cinco, pues su cabaña se quedaba un poco pequeña. Jack es muy bueno, seguro que cuándo te conozca te deja quedarte a vivir aquí con nosotros–le explicó la pequeña.

–Pero ésta es la casa de mi abuela, ¡por supuesto que puedo quedarme a vivir en ella!–exclamó Tom indignado–. Además, ¿dónde está ahora? ¿Qué hace que no está en casa un domingo por la mañana? Debería estar cuidando de ti...

–Está en el parque con Bruce, Peter y Sally–respondió Trébol–. Los domingos por la mañana siempre vamos al parque a dar un paseo. Yo hoy no fui con ellos porque tenía que acabar mis tareas de la escuela; voy un poco retrasada respecto al resto de la clase. Y Jack es muy estricto con nosotros en cuanto a nuestras responsabilidades. Él siempre dice que quiere un buen porvenir para nosotros; no quiere que tengamos que trabajar tan duro como él lo hace en el campo y por un mísero salario.

–Pues sí que parece sensato ese Jack del que hablas–afirmó Tom–. Si quieres puedo ayudarte con tus tareas dela

escuela; soy bastante bueno – le sugirió el chico, dejando a un lado su modestia.

–Gracias Tom, pero debo esforzarme y hacerlo por mí misma; si no nunca sabré hacer nada sola y debo ser una niña independiente y autónoma–contestó Trébol con cara interesante, estirando orgullosa su cuello.

–¡Ja, ja, ja, ja, ja!–Tom no podía parar de reír–. Esa frase también te la ha dicho ese Jack, ¿a qué sí? ¡Ja, ja, ja, ja, ja!–le preguntó entre risas. Le resultaba muy graciosa la postura de Trébol, tan responsable, a pesar de su corta edad.

–¡No te rías Tom, no tiene gracia! Ya soy una mujercita, tengo ocho años y debo valerme por mí misma. No siempre es Jack el que me dice qué tengo que hacer o decir. Así que terminaré mis tareas y nos iremos a casa de los Martons. ¡Y lo haré yo sola! ¡Qué quede claro!–añadió la pequeña Trébol.

–Está bien, está bien. No hace falta que te enfades conmigo–le contestó Tom–. Yo ojearé un libro mientras tú acabas tus tareas.

Tom cogió un libro de la estantería y empezó a pasar las hojas. Mientras, la pequeña Trébol realizaba sus tareas retrasadas a toda velocidad.

– ¡Ya está! ¡Terminé!–exclamó la pequeña. No habían pasado ni diez minutos desde que Trébol había empezado a trabajar.

–No te creo, seguro que has corrido tanto que lo habrás hecho mal. Déjame que lo revise–Tom se acercó a la

mesa y comprobó que Trébol había terminado todo correctamente.

–Pues sí, terminaste. Eres más lista de lo que crees. No tendrías que ir retrasada en clase–Tom estaba sorprendido por la rapidez y habilidad de Trébol.

–Es que en clase me distraigo mucho–le respondió ella–. Me cuesta escuchar a la profesora porque mientras explica yo estoy pensando en mis cosas: Si volveré a ver a mis padres...Si el día que los encuentre seguiré viendo a Jack. . .

–Es normal–le dijo Tom–. Hay veces que yo tampoco escucho a mi abuela mientras me habla porque estoy pensando en otras cosas...–Tom miró a Trébol y ambos sonrieron al mismo tiempo.

–Vamos, es hora de irnos–dijo Trébol–. Escribiré una nota a Jack para que no se preocupe cuando vuelva al ver que no estoy:

*“Querido Jack,
Ya he terminado todas mis tareas. Me voy a pasear un rato.
No te preocupes por mí, volveré a la hora de comer.
¡Ah! Y pon un plato más, tenemos un invitado; se llama Tom, es otro niño perdido...
Un beso muy fuerte, espero que lo hayáis pasado bien en el parque.
Os quiere,
Trébol”.*

Ambos bajaron las escaleras hacia el hall y Trébol entró en la cocina para dejar la nota encima de la mesa. Después cogió un abrigo que había colgado en el perchero de la entrada y metió en uno de sus bolsillos una caja de ceri-